

CÉSAR ANTONIO MOLINA



La cultura
como antídoto
frente a los peligros
de la idiotización

¡Qué
bello
será
vivir
sin
cultura!

DESTINO

César Antonio Molina

¡Qué bello será vivir
sin cultura!

La cultura como antídoto frente
a los peligros de la idiotización

© César Antonio Molina, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5959-2
Depósito legal: B. 5.136-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Limpergraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Qué bello será vivir sin bibliotecas	15
Qué bello será vivir sin leer	27
Qué bello será vivir siendo esclavo digital	36
Qué bello será vivir siendo analfabeto	44
Qué bello será vivir desterrados en las bibliotecas del desierto	49
Qué bello será vivir siendo un logócrata.	55
Qué bello será vivir siendo un papanatas digital.	66
Qué bello será vivir saqueando las antiguas enciclopedias	69
Qué bello será vivir escribiendo como los perros	74
Qué bello será vivir sin cultura, que es fuente de desdichas	80
Qué bello será vivir sin metafísica	82
Qué bello será vivir sin tener que pensar	83
Qué bello será vivir sin tener que conseguir la felicidad	96
Qué bello será vivir sin política	106
Qué bello será vivir sin editores	118
Qué bello será vivir sin que nadie te juzgue	132

Qué bello será vivir sin humanos	140
Qué bello será vivir sin artistas.	148
Qué bello será vivir exiliado de la República de las Letras	155
Qué bello será vivir sin maestros	162
Qué bello será vivir sin sentido común.	165
Qué bello será vivir en un cementerio con autores muertos	184
Qué bello será vivir entre filibusteros de la incultura .	193
Qué bello será vivir sin tener que escribir cartas de amor	201
Qué bello será vivir sin estilistas	208
Qué bello será vivir sin vestigios del pasado.	213
Qué bello será vivir sin poesía	218
Qué bello será vivir sin fracasar	225
Qué bello será vivir sin papel, ni imprentas, ni librerías	230
Qué bello será vivir sin tantas lenguas inútiles	248
Qué bello será vivir en la mentira.	253
Qué bello será vivir en la soberbia y la mutua ignorancia	257
Qué bello será vivir sin tener que caminar	262
Qué bello será vivir con Caín	264
Qué bello será vivir sin amor ni deseos.	268
Qué bello será vivir entre bosques de palabras calcinadas	278
Qué bello será vivir sin periodismo ni periodistas. . . .	289
Qué bello será volver a vivir con censura	296
Qué bello será vivir sin esperanza.	316
Qué bello será vivir cuando nadie quiera ser Aristóteles	320
Qué bello será vivir sin democracia	328

Qué bello será vivir como un pirata digital.	335
Qué bello será vivir en la banalidad y el vacío	339
Qué bello será vivir cuando vuelva la nueva Revolución Cultural china	343
Qué bello será vivir en el mundo liberticida de internet	352
Qué bello será vivir esterilizado	357
Qué bello será vivir sin subvenciones culturales	365
Qué bello será vivir sin intelectuales.	372
Qué bello será vivir con Dios en el exilio	383
Qué bello será vivir como un populista tecnológico . .	391
Qué bello será vivir sin Isis-Venus-Afrodita-Cibeles y hasta sin la Virgen María.	400
Qué bello será vivir cuando seamos inmortales	405
Qué bello será vivir sin genios ni belleza	411
Bibliografía mínima consultada	421

QUÉ BELLO SERÁ VIVIR SIN BIBLIOTECAS – Comenzaré con dos citas importantes para mí. Una narrativa y otra poética. La primera corresponde a *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, y la segunda es un poema de Jorge Luis Borges titulado «Un lector».

El capitán Nemo se levantó. Yo lo seguí. Se abrió una puerta doble practicada en el fondo de la sala y entré en una habitación de igual amplitud que la que acababa de dejar. Era una biblioteca. Altas estanterías de palisandro negro, con adornos de cobre, soportaban en sus largos anaqueles gran número de libros encuadernados en forma uniforme. Seguían el contorno de la sala y terminaban en la parte inferior en amplios divanes, acolchados, de cuero color pardo, que ofrecían las más cómodas curvas para el reposo del cuerpo. Livianos pupitres móviles que podían acercarse o alejarse a voluntad permitían apoyar en ellos el libro durante la lectura. En el centro había una gran mesa cubierta de folletos, entre los cuales se veían algunos periódicos ya viejos. La luz eléctrica inundaba todo el armonioso conjunto y surgía de cuatro globos esmerilados semiocultos entre las volutas del cielo raso. Yo miraba con real admiración aquella sala tan ingenio-

samente instalada, sin poder dar crédito a mis propios ojos.

—Capitán Nemo —le dije a mi anfitrión, que acababa de arrellanarse en un sofá—, he aquí una biblioteca que sería motivo de lustre para más de un palacio de los continentes, y me maravilla pensar que puede usted llevarla consigo a lo más profundo de los mares.

—¿Dónde se hallaría más soledad, más silencio, señor profesor? —respondió el capitán Nemo—. ¿Le brinda a usted su gabinete de trabajo en el museo un reposo tan completo?

—No, señor. Y he de añadir que es muy pobre en comparación con el suyo. Tiene usted aquí seis o siete mil volúmenes.

—Doce mil, señor Aronnax. Son los únicos vínculos que conservo con la tierra. Pero el mundo terminó para mí el día en que mi *Nautilus* se sumergió por vez primera. Ese día, adquirí mis últimos volúmenes, mis últimos folletos, mis últimos periódicos, y desde entonces me imagino que la humanidad no ha pensado ni escrito más. Estos libros, señor profesor, están a su disposición y puede usarlos con entera libertad.

Agradecí al capitán Nemo y me acerqué a los anaqueles de la biblioteca. Libros de ciencia, de moral y de literatura, escritos en todos los idiomas, abundaban allí; pero no vi una sola obra de economía política, que al parecer estaban severamente proscritas a bordo. Detalle curioso, todos los libros se veían colocados sin orden determinado, cualquiera fuere la lengua en que estaban escritos, y esa mezcolanza indicaba que el capitán Nemo debía leer habitualmente los volúmenes según le cayeran a mano.

Entre esos libros noté las obras maestras de los autores antiguos y modernos, es decir, todo lo más hermoso que la humanidad ha producido en historia, poesía, novela y

ciencia, desde Homero hasta Victor Hugo, desde Jenofonte hasta Michelet, desde Rabelais a Jorge Sand. Pero la ciencia, más particularmente, hacía el gasto en aquella biblioteca: los libros de mecánica, de balística, de hidrografía, de meteorología, de geografía, de geología, etc., ocupaban un lugar no menos importante que las obras de historia natural, y comprendí que constituían el estudio predilecto del capitán.

*Que otros se jacten de las páginas que han escrito;
a mí me enorgullecen las que he leído.
No habré sido un filólogo,
no habré inquirido las declinaciones, los modos, la
laboriosa mutación de las letras,
la de que se endurece en te,
la equivalencia de la ge y de la ka,
pero a lo largo de mis años he profesado
la pasión del lenguaje.
Mis noches están llenas de Virgilio.
Haber sabido y haber olvidado el latín
es una posesión, porque el olvido
es una de las formas de la memoria, su vago sótano,
la otra cara secreta de la moneda.
Cuando en mis ojos se borraron
las vanas apariencias queridas,
los rostros y la página,
me di al estudio del lenguaje de hierro
que usaron mis mayores para cantar
espadas y soledades,
y ahora, a través de siete siglos,
desde la Última Thule,
tu voz me llega, Snorri Sturluson.
El joven, ante el libro, se impone una disciplina
precisa*

*y lo hace en pos de un conocimiento preciso;
a mis años, toda empresa es una aventura
que linda con la noche.
No acabaré de descifrar las antiguas lenguas del
Norte,
no hundiré las manos ansiosas en el oro de Sigurd;
la tarea que emprendo es ilimitada
y ha de acompañarme hasta el fin,
no menos misteriosa que el universo
y que yo, el aprendiz.*

En *El cuarteto de Alejandría*, Lawrence Durrell cuenta una anécdota, real o apócrifa, que le sucedió al escritor francés Paul Claudel cuando representaba diplomáticamente a su país en Japón. Un día salió de su residencia en Tokio para acudir a una fiesta y cuando regresaba contempló con estupor que su casa estaba siendo devorada por un gran incendio. El poeta pensó inmediatamente en sus manuscritos y en su biblioteca, repleta de joyas bibliográficas. Cuando alcanzó el jardín vio que un hombre salía de entre las llamas llevando algo en sus brazos. Era el mayordomo que, dirigiéndose a él, le informó muy orgulloso: «¡No se alarme señor. He salvado el único objeto de valor!». Ese objeto no era otro que su uniforme de gala. Desde hace algún tiempo yo tengo una pesadilla semejante. Regreso a mi casa como el personaje de John Cheever, *el nadador*, después de haber recorrido, no las piscinas por las que él iba nadando, sino las bibliotecas del mundo, y me encuentro en la misma situación que el autor gallo de *El zapato de raso*. A mi encuentro no acude ningún sirviente, sino un ser indefinido que repite las mismas palabras que el mayordomo japonés y me entrega un *pendrive*. Él añade que ahí no solo están todos mis libros desaparecidos, sino que ha incluido los fondos de

las principales instituciones del mundo. Me quedo sorprendido, pero le digo que yo solo necesito mis libros físicamente, aquellos que yo compré y me han acompañado toda la vida. Son mis mejores amigos y no puedo prescindir de ellos. Él me responde muy seriamente que eso no solo es ya imposible sino, además, una estupidez. «¿Para qué quiere usted tantos volúmenes que le ocupan gran parte de su casa si los tiene todos aquí, en este objeto más pequeño que el dedo de su mano?». Compruebo que la discusión no lleva a ningún sitio y, entonces, despierto. Cuando lo hago, veo que todo aún está en su caótico lugar. Por las mesillas, por las mesas y las estanterías dobladas por el peso, aún reposan las miles de hojas impresas protegidas por las portadas multicolores. Toco unos libros, abro otros y recuerdo la historia de cada uno de ellos: su nacionalidad, su lengua, el peso que arrastran desde el origen. Mi biblioteca está compuesta por cientos de ciudades, miles de calles y otros tantos paisajes. Por estos espacios he caminado con los autores y sus personajes. He vivido sus vidas a lo largo de muchos siglos y cuando toco las páginas que estoy leyendo percibo sus lágrimas o sus risas, sus olores, veo los colores del amanecer o del ocaso. Un libro también es un objeto, una materia, una representación, un símbolo, una dimensión. El libro electrónico, el *e-book*, efímero en sí mismo como soporte (qué pasó si no con el vídeo, el DVD y lo que venga), le robará terreno al libro impreso, pero difícilmente podrá arrojarlo de nuestras vidas y nuestra manera de vivirlas. De haber habitado en la época en que se pasó de la oralidad a la escritura en papiro o pergamino, yo no habría estado en contra de este proceso evolutivo; de la misma manera que habría apoyado a Gutenberg cuando relegó a la escritura al ámbito privado. ¿Por qué ahora tendría que oponerme a algo inevitable y, segura-

mente, muy útil? Sí estoy en contra de quienes piensan que hemos llegado al fin. En contra de aquellos que creen que ya no es necesario leer, ni saber ni adquirir conocimientos, ya que todo está a nuestro alcance tocando la tecla de un ordenador. Estoy en contra de aquellos que rechazan la memoria como si esta fuera un simple apéndice mental que hubiera que extraer. El libro electrónico no es un peligro para la lectura. Sí lo son los videojuegos, los programas deleznable de la televisión, la mala enseñanza que desconoce o se impone con una obligatoriedad torpe y pesada, el mal ejemplo familiar donde la cultura, en general, es algo desconocido y extravagante. La pantalla no acabará con el libro impreso, aunque este se convierta en un objeto arqueológico; por el contrario, estoy seguro de que sí contribuirá a ampliar la lectura. Las próximas generaciones adquirirán nuevos hábitos, nuevas formas de relación con el texto escrito. Probablemente lo lleven a cabo desde la laicidad y no desde la sacralidad con que nosotros adoramos al libro. Probablemente la democratización de la lectura y la escritura modificará hábitos, costumbres, tradiciones y valores. ¿No sucedió así en el pasado? Umberto Eco afirma que, con internet, se retornó a la era alfabética y, por lo tanto, no hemos fenecido aún en la dictadura de las imágenes. De nuevo, escritores y lectores, hemos sobrevivido a ese monstruo multiforme. Millones de personas, a lo largo de todo el mundo, a través de internet, leen y escriben sin cesar para intercambiar ideas, sentimientos o simplemente informaciones. ¡Gutenberg todavía no está muerto! Se ha metamorfoseado. Nunca hubo tanta necesidad de leer y escribir como hoy. ¿Acaso los ordenadores actúan libremente sin este conocimiento previo? El papel, como antes el papiro o el pergamino, agotó su función. La memoria del mundo, desde el siglo XVI, ha crecido de una

manera tan imparable que era necesario encontrar otros soportes para guardar el pasado y enfrentarse a un futuro repleto de contenidos. ¿Cómo se llevará a cabo la elección de los mismos? ¿Cómo se mantendrá su excelencia? ¿Cuáles serán los nuevos gustos, las nuevas modas? Las modificaciones en torno al libro como soporte no han variado sus mismos fines, ni su expresión. Desde hace más de cinco siglos los cambios políticos, sociales, económicos, tecnológicos y culturales se sustentaron en este objeto. Internet ha producido también una modificación notable en las costumbres de los bibliófilos, coleccionistas de libros antiguos, de primeras ediciones o raras. Aquella búsqueda aventurera y romántica por las librerías y trasteros de medio mundo que primaban al erudito frente al poderoso económicamente se ha derrumbado ante la publicación en internet de sus adquiribles índices. El precio se ha unificado y elevado, además de reducir la labor investigadora y azarosa. Además, el libro antiguo o de viejo es una especie en vías de extinción. Escaso, caro, raro y coleccionado por las grandes instituciones educativas y culturales. Coleccionar libros viene de antiguo. Luciano en *El bibliómano ignorante* criticaba a quienes los compraban para decorar su casa, pero no los leían. Séneca nos describe, como Cicerón y otros autores romanos, las calles de la capital del Imperio donde se vendían los rollos que contenían las novedades literarias o se copiaban por encargo las obras de cualquier época. Durante ese tiempo nació la idea del autor y el editor. ¿Cuántos de aquellos volúmenes quedan? En el museo arqueológico de Nápoles vi unos cuantos carbonizados procedentes de una casa de Pompeya. El fuego ha sido consustancial con la lectura y la escritura. Blanchot decía que con los libros se habían hecho tres cosas: escribirlos, leerlos o quemarlos. ¿Cuántas obras maestras de la literatura, del

arte o de la ciencia se han perdido? Seguramente cantidades ingentes. Hoy por fortuna nada se perderá, ni siquiera lo vano y superfluo. Hoy cualquier persona tiene derecho a la eternidad al poder reproducir su vida en una página web. Qué más da si lo que hizo fue bueno o malo, el caso es que su nicho es semejante al panteón de un gran hombre. Eternidad, inmortalidad, fama, prestigio... Todo será revisado y, seguramente, sufrirá profundas modificaciones en un futuro inmediato. Varias veces le he oído comentar al autor de *Apocalípticos e integrados* su deseo de dar con los autores y las tragedias de las que Aristóteles habla en su *Poética*. Se perdieron y solo llegaron hasta nosotros los nombres y las obras de otros dramaturgos que él no tuvo a bien ni citar: Esquilo, Sófocles y Eurípides. ¿Eran los otros mejores que estos? ¿Aristóteles los postergó por envidia? El caso es que —como tantas otras veces— el azar le quitó la razón al maestro de la filosofía.

«¿Por qué soy prisionero de los libros? ¿A qué sensación de inseguridad le estoy declarando la guerra con esos muros de volúmenes que cubren mis paredes?», escribe el turco Enis Batur. Una biblioteca, pública o privada, se asemeja a un templo, a un lugar sagrado. Allí nos sentimos protegidos por el silencio. El nazismo, el estalinismo y el maoísmo fueron, de entre las últimas ideologías, las que más han combatido la libertad de expresión y, por tanto, al libro. Los tres levantaron contra él un muro de mentiras (a través de la radio) e imágenes (a través de la televisión y el cine documental o de ficción). La palabra escrita fue relegada a la censura y al control estatal (no nos olvidemos de nuestro propio país). Aunque se ha dicho hasta la saciedad que fue Goebbels quien afirmó que una mentira reiterada se transforma en una verdad, este reprodujo —no sé si consciente o incons-

cientemente— lo que ya había escrito, en el siglo XIX, el gran Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba*: «Toda mentira repetida se convierte en verdad». Palabras convertidas en mentira. ¡Qué mayor delito!

Mucho se especula sobre el cambio de soporte de la lectura, la implantación definitiva de la lectura en pantalla y la desaparición paulatina del soporte de papel, pero a mí me preocupa más el ámbito y el estado de ánimo con los que el nuevo lector se enfrentará al texto salga de donde salga, pues, como decía Proust, la lectura es una conversación con hombres mucho más sabios y mucho más interesantes que aquellos que podemos tener ocasión de conocer a nuestro alrededor. Durante las dos últimas décadas el nivel de ruido en el entorno público y privado ha crecido de tal forma que cada vez es más difícil entenderse. El silencio continúa siendo un elemento fundamental de la lectura, lo mismo que la reflexión en solitario, es decir, que habría que tener tiempo para leer en un mundo sin tiempo para aquello que no sea productivo de una manera inmediata. El silencio siempre fue un lujo y Julio Camba, en una de sus reflexiones sobre Nueva York, sugirió la creación de una industria que lo embotellara y vendiera, asegurando, y estoy seguro de que tenía toda la razón, que esta marca tendría mucho éxito. Todavía nadie lo ha logrado. ¿Incorporarán los nuevos libros electrónicos un paraguas de silencio en torno a su contenido? Pero hasta ahora las encuestas y estudios que se han venido realizando nos confirman que la juventud lee rodeada de pantallas de televisión, de conexiones musicales, de videojuegos, de teléfonos móviles, etc. Aprender a leer y enseñar a leer va a ser una tarea fundamental para este futuro inmediato. Y leer en los diversos planos que exige hoy el conocimiento. Hemos vencido al analfabetismo absoluto, pero otros subsiguientes todavía nos

derrotan. Aquellos referidos a la comprensión y al conocimiento de cuanto transmiten los libros más allá de las palabras. No estoy de acuerdo con George Steiner (sin que esto sirva de precedente) en que el lugar de la lectura en la civilización europea esté destinado a disminuir. Se lee más que nunca y se leerá más que nunca, pero de otra manera, y esa manera es la que hay que estudiar y analizar. En lo que sí tiene razón Steiner es en que puede que el tipo de lectura que él ha definido y descrito como «clásica» se convierta de nuevo en una «especie de pasión particular, que se enseñe en «casas de lectura». Casas de lectura o yo diría «casas de salud». Lugares silenciosos, repletos de libros materiales o virtuales, donde el tiempo se remansa y uno se encuentra con semejantes que quieren compartir las pasiones de los personajes que otros crearon a lo largo de los siglos o, por qué no, leer también el arte, la música, la arquitectura como antes, como siempre, desprovistos de todos los ruidos. Casa de encuentro para disfrutar y gozar de la conversación sin aparatos intermediarios aunque también a través de ellos uno conecte con otros semejantes en diferentes partes del mundo para sentirse más secundado y protegido. En las iglesias de alguna manera se practica esto pero en referencia a otro ser, en las «casas de lectura» el hombre se encontraría a solas consigo mismo. Un vicio de clandestinidad, escribe Michel Crépu; un vicio impune, decía Larbaud. En las iglesias orar, en las «casas de lectura» leer, un contrapunto de la oración, meditando sobre la esencia espiritual del hombre, pero también sobre lo material. ¿Qué efecto tendrá esta nueva realidad en la lectura, en la función de los libros tal como los hemos conocido y amado?, se pregunta Steiner y Crépu contesta que hoy los jóvenes carecen de la experiencia de la soledad, de la mirada «posada en la ventana sobre los tejados, la

experiencia de esa tristeza tan extraña y dulce que está en el fondo de todos los libros como una luz de sombra, esa experiencia capital en la que consiste la iniciación al mundo y a la finitud, esa experiencia se ve como impedida, incluso prohibida...». «Casas de lectura» para curarnos del mal de vivir con la medicina del leer. El ocio como trabajo, trabajar para nosotros mismos, para ser más inteligentes y, por tanto, más libres en el saber elegir. «Casas de lectura» en medio de bosques de ruidos, pues el silencio se ha convertido en un lujo. ¿Con qué me está compartiendo usted ahora mientras me lee?

Bachelard y Borges escribieron que el paraíso debe ser una inmensa biblioteca. ¿Con libros, *e-books*, *pendrives* o pantallas? De todo eso también habrá en el más allá e incluso nos llevarán décadas de adelantos tecnológicos. Eco afirma que si Dios existe es una biblioteca. Si es así, yo lo he percibido en las ruinas de la de Pérgamo y Alejandría (también en la nueva) o en la de Celso en Éfeso. También en la martirizada de Sarajevo o en El Escorial. De la de Pérgamo solo se conservan basamentos y lienzos de muros. Donde antes crecían los rollos ahora lo hacen las hierbas y las margaritas. Fue la segunda biblioteca más importante de la Antigüedad después de la de Alejandría. Tiberio Julio Aquila, para homenajear a su padre, Celso, mandó levantar una biblioteca cuya majestuosa fachada aún se alza en Éfeso. Y allí mismo lo mandó enterrar. «Nunca un padre tuvo tan buen hijo», habría vuelto a decir Príamo.

Bibliotecas, bibliotecas. He visto cientos de ellas. Antiguas y modernas, públicas y privadas. Libros, libros. He visto miles de ellos, he acunado en mis manos incunables extraordinarios como la *Crónica de Núremberg*, primeras ediciones, manuscritos, piezas hemerográficas únicas. Una de las cosas más terribles de la vida es no tener tiempo

para leerlo todo. A medida que transcurre la existencia, uno se da cuenta de que lo que le queda por leer, digamos que solo lo valioso según los gustos de cada uno, equivale a un noventa y mucho por ciento. Un pueblo sin obra escrita apenas podrá sostener su lengua y su cultura. Los egipcios fueron conscientes muy pronto. En el papiro egipcio Chester Beatty se dice que el libro es el medio más seguro para alcanzar la inmortalidad. La literatura pervive más que la piedra, «más valioso es un libro que una estela con su inscripción, / que la cámara funeraria bien puesta. / Esos libros son como tumba y pirámide / en la conservación de sus nombres...».

¡Mostradme vuestras bibliotecas y os diré cómo sois! La de Montaigne (no le perdono a André Breton que lo eliminara de la lista de autores repartida por los surrealistas), la de Leopardi, Goethe, Flaubert, Juan Ramón Jiménez (expoliada durante la guerra civil) o la de Octavio Paz, tristemente chamuscada. Pero no todos los grandes escritores han sido grandes lectores. Visitando algunas de sus casas uno puede llevarse una desagradable sorpresa. No voy a dar aquí mi lista —de vivos y muertos— para no llevar a la decepción. Contaré solo el caso de uno de ellos. Conocí y traté bastante a Jorge Amado y a Zélia Gattai (una muy buena escritora memorialística), su esposa. Dos personas encantadoras, fascinadas por el mundo soviético y maoísta. Hace pocos años, estando en Bahía, visité su fundación y su casa. Ambos estaban ya muertos. En los dos lugares me sorprendió la escasez de libros, excepto los propios del novelista en las múltiples ediciones y lenguas, los dedicados por otros autores y algunos pocos más. Ingenuamente le pregunté a la encargada dónde se encontraba la biblioteca. Ella me dijo que no había más libros que los que yo había visto. «Don Jorge apenas leía, su biblioteca estaba allí», concluyó se-

ñalándome la calle. Yo no habría podido vivir de este modo, ni escribir una sola línea. Como Cavafis, no tengo otro sitio adonde ir. Yo vivo en el laberinto de calles de mi biblioteca. Rollos, papiros, pergaminos, impresos, *e-books*, ordenadores, *pendrives* y cuanto la imaginación humana se invente, la lectura no dejará de crecer pues es la más pura esencia de la libertad.

QUÉ BELLO SERÁ VIVIR SIN LEER – Aunque uno quisiera, hoy es prácticamente imposible aislarse del mundo incluso huyendo a los lugares más remotos, donde todavía no llega internet. Me di cuenta cuando, recorriendo varios monasterios de clausura, los religiosos me hablaban de sus trabajos, a través de las nuevas tecnologías, y me descubrían conocimientos insospechados. ¿También se puede llegar a Dios a través de Google? Por eso, a pesar de que no soy un habitual consumidor de blogs ni redes sociales, la amplia maraña de amistades y corresponsales —conocidos o desconocidos— en todo el mundo inevitablemente me hace llegar informaciones sobre asuntos que creen de mi interés, en igual medida que hago yo con quienes están más cercanos a mis preocupaciones. A veces me alegran el día, pero es más habitual que me creen desasosiegos. Desde hace tiempo hay blogs y cuentas dedicadas a combatir el sentido de la cultura tal cual aún hoy la concebimos. Espacios que atacan a la lectura, a la escritura, al papel y a todos aquellos medios de educación que no implanten la enseñanza a través de las tecnologías. Podría citar los nombres de los autores, con algunos miles de seguidores, pero mejor no darles publicidad. Por supuesto, soy defensor de la libertad de expresión, pero me preocupa que algunos de estos profetas que claman contra el «pasado» y no ocultan su deseo de

destruirlo sean profesores. Hacen exactamente igual que los miembros del Estado Islámico convirtiendo en polvo las esculturas milenarias del museo de Mosul, las bibliotecas (aunque, como decía el premio Nobel de Literatura ruso Joseph Brodsky, «no sé si es peor quemar libros o no leerlos») o la antigua ciudad de Nínive. Se supone que un profesor debe ser una persona sabia, sensata, ponderada, moderada, paciente y no agresiva. Se supone que un profesor tiene en la palabra su mejor arma de convicción y enseñanza, además de otros útiles tecnológicos o no. Un gran maestro y filósofo, Emilio Lledó, afirma que los seres humanos somos palabra, comunicación, lenguaje escrito y hablado, la vieja definición de que el hombre es un animal que habla, su característica esencial, es que tiene logos, por eso es tan importante cultivar ese logos y enseñar la lectura a los jóvenes y a los niños, el amor a la cultura. ¿Tienen logos estos blogueros? ¿Cuiden a sus hijos de tenerlos de profesores! Las universidades deberían preocuparse de los docentes que expanden el odio en vez de la convivencia. Por ejemplo, con motivo de la peregrina idea finlandesa de suprimir la caligrafía, se desplegó toda una campaña contra la escritura a mano. ¿Abandonar incluso la mecanografía y pasar directamente al smartphone? ¿Cuando los ordenadores se manejen con nuestra voz, estaríamos de acuerdo en que nuestros jóvenes no aprendiesen tampoco a escribir en teclados por considerarse este hábito una antigualla? ¿Cómo se puede incitar a los alumnos a la revuelta para que sean permitidos los teléfonos móviles en las clases? ¿Cómo se puede incitar a los alumnos a no leer y al saqueo en la red? ¿Cómo se puede llamar a la prohibición del papel? Los colegios, las universidades ¿pueden mantener a profesores sin logos o, peor aún, a profesores que lo persiguen? Roland Barthes, de quien se cumplió hace pocos años el

centenario de su nacimiento, en *¿Por dónde empezar?*, escribe lo siguiente: «Frente al profesor, que está del lado de la palabra, llamemos escritor a todo operador del lenguaje que está del lado de la escritura; entre ambos, el intelectual, aquel que imprime y publica su palabra. No existe apenas incompatibilidad alguna entre el lenguaje del profesor y el del intelectual (coexisten a menudo en un mismo individuo); pero el escritor está solo, separado: la escritura empieza allí donde la palabra se pone imposible (puede entenderse en el sentido en que se aplica a un niño)». ¿Profesores antiintelectuales?

Vivimos en una época de colonialismo digital, en donde el rinoceronte de Ionesco está siendo sustituido por diferentes artilugios tecnológicos, cada vez más rápidamente cambiantes. Se están creando artificialmente nuevas clases sociales: los proscritos gutenberguianos, los nativos digitales, los inmigrantes digitales y los colonos digitales. A este último apartado corresponden estos profesores-blogueros. Los colonos digitales son la infantería del colonialismo digital. Una infantería bien pagada y bien pertrechada por las industrias multinacionales. Los colonos digitales, antiguamente conocidos como quintacolumnistas, revisan el territorio, informan como espías y proporcionan puntos de apoyo a la penetración de la tecnología digital en espacios desprotegidos y confiados como, por ejemplo, la escuela y la universidad. Los colonos digitales atacan a los derechos de autor, a los «viejos» sistemas cognitivos del saber, defienden la piratería, hablan de una revolución trascendental y, a través del miedo, captan a seguidores con falsas promesas democráticas y de mundos mejores y más participativos. Los colonos digitales se amparan en la ecología (siendo consumidores fervientes y explotadores de todos los recursos naturales) para acabar con el papel. Los colonos digitales pretenden

la suspensión de las humanidades en favor de la sumisión financiera. ¿Colonos digitales o profesores? El colonialismo digital es una ideología, una ideología totalitaria que excluye a gran parte de su población, aquella que no se entrega a sus fines únicos, aquella que se niega no a la evolución y desarrollo, sino a una mutación antropológica, es decir, a una utilización masiva y única de las nuevas tecnologías como si de una rendición sin condiciones se tratara. Los proscritos gutenberguianos y los inmigrantes digitales pedimos una tregua, un tránsito, una cooperación, como siempre fue así, entre el mundo del pasado y el del futuro, porque ningún futuro se construye en el vacío y desde el vacío.

Los colonos digitales difunden el evangelio, la buena nueva de los nativos digitales. Este término se lo inventó Marc Prensky en un artículo publicado en el año 2001 en una revista universitaria norteamericana. Tuvo éxito y dio lugar, diez años después, a un libro de Paolo Ferri titulado *Nativi digitali*. Esta idea de los nativos digitales es otra falacia, es otra teoría de la conspiración de los colonos digitales. No conozco a ningún nativo digital, no existe, no hay una inteligencia digital específica, no hay una lucha de clases entre los no digitales y los digitales, no tengo pruebas (yo también he sido, durante muchas décadas, profesor universitario) que me informen de la mejora del rendimiento escolar a través de las nuevas tecnologías. ¿Por qué no existe una inteligencia digital? Porque puede existir una predisposición hacia algo, pero si no se enseña no surge espontáneamente. Todo lo que aprendemos y luego practicamos se convierte en un tipo de inteligencia. Howard Gardner en *The Development and Education of the Mind (El desarrollo y la educación de la mente)* se empeñó en demostrar la veracidad del nativo digital mediante una serie de pruebas científicas

que no han cesado de ser criticadas. Pero esta batalla entre quienes defienden al nativo digital y quienes lo atacan está abierta. La victoria solamente se reconocerá en el futuro, cuando la instalación definitiva del mundo digital (algo indiscutible) dé pautas experimentales para llevarlo a cabo. Por ahora, ni neurológica ni biológicamente está demostrado. Las facilidades de unos para acceder más prontamente al manejo digital, frente a las dificultades de los otros, no son suficientes razones. Todavía los buenos resultados escolares, en la mayoría de los casos, dependen del estatus socioeconómico de la familia, un estatus elevado donde es más fácil estar al día de los cambios tecnológicos y de acceso a internet. El efecto de la utilización de las tecnologías sobre la mejora de la educación escolar es bastante poco destacable frente a las distracciones y la mala urbanidad que provoca. En medio de un examen, una alumna mía recibe el mensaje de la muerte de su abuela y decide abandonarlo. Es un examen final. Lo que ha escrito hasta entonces está bien, pero no puede pasar pues le falta más de la mitad del mismo. ¿Una hora más o menos incide en el desenlace fatal del familiar? ¡No!, pero sí en el desenlace fatal de la alumna conectada incluso estando totalmente prohibido en un examen. Todos los aparatos electrónicos llevan consigo incorporado el *multitasking* (hacer muchas cosas a la vez), un mal más que un logro. Prensky, como ahora estos blogueros y colonos digitales enmascarados de profesores, consideraba anacrónica a la escuela-universidad. Pretendía que las clases se dieran a través de videojuegos. La escuela nunca estuvo desconectada o alejada de la sociedad, a lo mejor estuvo mal conectada y no tan cercana como debería estarlo, pero no va a mejorar por el hecho de incluir los teléfonos móviles en las horas lectivas. Durante la docencia hay que hacer cosas

mejores y, sobre todo, diferentes a las ya habituales. ¿No es mejor aprender a través de un profesor? ¿No es mejor investigar que cortar y pegar textos robados de Wikipedia? ¿Nativos digitales? No hay que confundir una práctica de habilidad con un saber o un conocimiento, que se adquieren en mucho tiempo y, sobre todo, a través del estudio y de la lectura. Que los colonos digitales, esos falsos profesores, no nos confundan: no es lo mismo tener un acceso más fácil a la información que el acceso al conocimiento. La escuela, la universidad no deben ayudar a crear consumidores y masas informes, sino individuos cultos y libres. La escuela-universidad no es un lugar donde se adquieren solo informaciones que hoy están fuera de la escuela, en la red, sino donde se ayuda a formar puntos de vista diferentes del saber. La introducción en la enseñanza del medio digital debe hacerse de manera prudente y sensata. Todavía estamos en una fase experimental, sometida a evaluaciones rigurosas y controles constantes. Los profesores como, por ejemplo, Emilio Lledó, no sobran. ¿Acaso cualquier inteligencia artificial puede explicar mejor el mundo que él? Un humano solo puede transmitir valores a los humanos. El profesor, el libro, otros soportes ya experimentados y probados, la escuela, la universidad y la familia son elementos claves para resistir a la implacable colonización digital excluyente del ser humano y propagandista del cliente-consumidor-masa. El libro de papel puede ser, como la prensa, comercialmente inviable (todavía distan mucho de serlo), pero, sin lugar a dudas, son perfectamente viables cognitivamente, viables y necesarios. Las tecnologías deslumbrantes que han querido, como un relámpago, suplantarse al papel, han quedado ellas mismas rápidamente obsoletas. La lectura está amenazada, así lo difunden los colonos digitales. Amenazada por las tecnologías que no

protegen los elementos fundamentales en los cuales se basa este hábito secular: silencio, intimidad, referencias culturales, concentración, capacidad de interpretación e integración con el texto y la obra. La lectura está amenazada por las instituciones públicas que no la apoyan o la castigan con el IVA. La lectura está amenazada por las nuevas tecnologías, porque la mayoría de los soportes, por ejemplo el iPad, no se usa para leer libros, sino para otras muchas y multitudinarias funciones, entre las cuales se encuentra un libro. El principal fin de los nuevos soportes es el entretenimiento infinito, sin orden y sin sentido. La lectura lo tiene. El libro no es la razón de ser de estos aparatos, sino una aplicación más entre infinidad de ellas. Leer es aislarse para profundizar. Los nuevos dispositivos electrónicos están cargados de aplicaciones, nada se retiene pensando que todo está en esa memoria compartida. Todo está repleto de publicidad, mensajes, sugerencias. Apple, Amazon, Google «nos siguen», «nos recomiendan», «nos colonizan», «nos investigan», «nos invaden nuestra vida», «nos controlan», «nos protegen». En las escuelas y en las universidades se olvidan de los libros y adoran a los nuevos ídolos. La lectura en profundidad, íntima o en voz alta, no surge de forma natural: hay que aprender a practicarla, y una vez aprendida, hay que protegerla como se protege la vida misma. ¿Acaso vale la pena la existencia sin el derecho a saber? No estoy en absoluto hablando de oponerme a lo digital, ni a las nuevas tecnologías, sino a la invasión digital, a su imperio, a su victoria sobre los cadáveres del saber, a su agresión comercial, política, industrial, económica, social. La educación no es un entretenimiento más, no es un divertimento, requiere atención, concentración, reflexión, estudio. La mente no puede ser educada en la dispersión, la mente sufre la dispersión, lo cual no quiere

decir que, desgraciadamente, no pueda adaptarse a ella. El *multitasking* no es un sistema educativo nuevo. La educación debe servir, entre otras muchas cosas, para estar prevenido de los intereses comerciales, aquellos que crean la ilusión de un mundo sencillo, fácil, templado, al alcance de cualquiera sin el menor esfuerzo posible. El ordenador no siempre facilita la lectura por la distracción que ofrece, tampoco la mayoría de los soportes digitales, exceptuando el libro electrónico, que puede ser el que menos nos distraiga; facilitan el archivo, el almacenamiento, la búsqueda de datos, pero los costes energéticos son también enormes (las conexiones, el mantenimiento, los aparatos), la piratería campa sin límites y se deteriora la fortaleza de la atención. El libro de papel, desde su debilidad ante los ejércitos a los que se enfrenta, solo se ofrece a sí mismo, forma parte de un ecosistema y su función no es fácilmente sustituible por otros soportes. La biblioteca es una identidad individual, el archivo de internet es una memoria masiva, una posibilidad nueva que se da a quienes siempre la tuvieron y tampoco antes la utilizaron. Los nuevos formatos todavía no han abierto nuevos horizontes de lectura, desgraciadamente tampoco la han incrementado en la cantidad que se nos prometía. Los nuevos formatos tampoco, por ahora, han creado nuevos géneros, nuevas posibilidades. Yo no estoy de acuerdo en que el entorno digital se está haciendo cada vez más hostil para la lectura de libros, pero sí en que todas aquellas facilidades que se nos ofrecían jamás se han llegado a producir. No soy tan furibundo como Milan Kundera, que prohibió (estoy seguro de que en la práctica no lo ha logrado) el formato digital para todas sus obras afirmando que la lectura, ya de por sí una experiencia compleja, se modifica con los formatos distintos al papel. Se modifica a peor. ¿Cambia el sentido de la

obra según los soportes en los que se lee?: edición impresa, fotocopia, audiolibro, lectura pública por el propio autor, adaptación teatral-cinematográfica-musical, traducción, etc. Probablemente sí. El libro en papel tiene ventajas cognitivas: aislamiento, espacio estable, se adhiere al lector. El libro en soporte digital se convierte en otra cosa, la lectura en algo se modifica, hay que luchar contra los invasores, intermediarios, publicitarios, etc. Las redes sociales ocupan un tiempo enorme que roban al colegio, la universidad, la familia, de donde deberían salir los lectores del futuro, de donde deberían salir los seres pensantes, porque la muerte del pensamiento —según escribe Bataille en «El no-saber»— «es la voluptuosa orgía que prepara la muerte, la fiesta que la muerte da en su casa». El propio pensador francés, a mediados del siglo pasado, ya habló de la «teología del ocio».

Proteger la lectura, proteger la escritura de los colonos digitales, esos yihadistas contra la cultura. «La desaparición del lector “en profundidad” lleva a la regresión de la creación intelectual: de la forma de ensayo, en la cual el largo tiempo empleado en la lectura permite analizar lo escrito, a una retórica propia de la oralidad, dominada por la orquestación de los latidos del corazón. Si el escritor tiene que competir con las mil tentaciones del iPad, acabará prefiriendo el movimiento de los afectos a la argumentación. El libro no es solo una herramienta de grabación y comunicación; es también un instrumento de examen minucioso, de control de racionamiento», escribe Roberto Casati en *Elogio del papel*. Y añade el escritor y director, en París, del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) que «la escuela debe, en cierta medida, resistirse a las tecnologías distrayentes, precisamente porque ya cuenta por sí misma con la inmensa ventaja de ser un espacio protegido en el cual el *zapping* está exclu-

do por definición; ventaja que le permitiría no tener que correr detrás del cambio tecnológico y, al mismo tiempo, generar, gracias paradójicamente a sus inmensas inercias, el verdadero cambio, que es el desarrollo moral e intelectual de los individuos».

Todo es útil, nada una curiosidad histórica, porque de serlo así también nosotros acabaremos siéndolo. Tampoco los profesores de carne y hueso deberían acabar siendo sustituidos por profesores electrónicos o virtuales. ¿El docente tiene que estar al día de su materia o, por el contrario, debe estar al día en las tecnologías que, en muchos casos, apenas aportan mayor facilidad de comprensión? ¿El profesor tiene que competir con el teléfono móvil, el smartphone, el iPad? ¿Es todo digitalizable? Se nos hace creer que sí y, lo que todavía es peor, se nos hace creer que es imprescindible y necesario. ¿El supuesto nativo digital sabe más que sus profesores? Adorno, en *La crítica de la cultura y la sociedad*, hablaba del progreso y la deshumanización, hablaba de la difícil convivencia entre ambos. Hoy no cesamos de referirnos a las nuevas tecnologías y la deshumanización. Quizá muchos estemos equivocados. La humanidad quizá ha cogido otro camino distinto de aquel por el cual llegamos hasta aquí.

QUÉ BELLO SERÁ VIVIR SIENDO ESCLAVO DIGITAL – El avance en la digitalización de los contenidos —tanto textuales como procedentes de otras fuentes audiovisuales— ha sido, en los últimos años, tan imparable como asombroso. Desde aquel año de 1969, en el que se crea el código ASCII, primer sistema de codificación informático, hasta hoy, todo ha experimentado un vertiginoso desarrollo. En 1971, Michael Hart diseñaba y hacía público su proyecto Gutenberg, primera pretensión con vi-

sos de realidad de digitalizar la mayor parte de los libros existentes. Años después, en 1993, la Online Books Page generaba el primer repertorio de libros electrónicos gratuitos. Ese mismo año, Digital Book lanzaba al mercado sus primeros cincuenta libros digitales en disquete. Dos años antes de acabar el siglo xx se ponían en el mercado los primeros lectores de libros electrónicos (Rocket eBook y SoftBook). En 2004 se comercializó la primera pantalla con tinta electrónica (uno de los inversores internacionales en el desarrollo de esta tecnología, nacida en el Medialab del MIT, fue precisamente el gran editor español Germán Sánchez Ruipérez). Y, apenas seis años más tarde, en torno al año 2010, el número de títulos en formato electrónico superaba largamente el millón. Nicholas Carr, en su obra *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, afirma algo que, muy a mi pesar, reconozco como inevitable: que el futuro del conocimiento y la cultura ya no se encuentra en los libros, ni en los periódicos, ni en la televisión, ni en la radio, ni en los discos o cedés, ni en el cine, sino en los archivos digitales difundidos por nuestro medio universal a la velocidad de la luz.

Hoy en día, los dispositivos lectores electrónicos han multiplicado extraordinariamente su oferta, haciéndose más asequibles, y el público, preferentemente el comprendido entre los quince y los treinta y cinco años, empieza a dotarse de semejantes instrumentos de un modo creciente, hasta el punto de que, según la encuesta realizada hace pocos años por la Asociación Americana de Bibliotecas, el 72 por ciento de dicha población busca prioritariamente sus necesidades de información en soportes distintos al papel —si bien este sigue siendo materia posterior de consulta para una mayor ampliación o aclaración de conceptos—. Y el 30 por ciento de la po-

blación de esa misma edad usa de forma casi única el lector electrónico, las tabletas (a mí me gusta decir tablillas, como en la Antigüedad) o los dispositivos de pantalla en general como vías de acceso a los contenidos tanto de estudio como de puro ocio.

Sin duda, nos encontramos ante una verdadera revolución cultural, en donde la tecnología seguirá aportando nuevas y deslumbrantes posibilidades pues, no en vano, y sobre todo si lo comparamos con la madurez de la tecnología del libro en papel —más de quinientos años la contemplan—, dicho proceso se encuentra todavía en la prehistoria. Es difícil imaginar lo que nos propondrá en apenas los próximos veinte años y cuál será su impacto en el ecosistema informativo, habida cuenta de que, en ese mismo lapso de tiempo, y si miramos hacia atrás, internet aún no se había popularizado y hoy somos incapaces de vivir sin su presencia.

Las viejas categorías han quedado superadas. Los conceptos adquieren nuevos significados, más amplios, más heterogéneos. Entretanto, la información fluye como jamás antes había ocurrido en la historia de la humanidad. Se genera en un volumen y una diversidad incomparables. Se difunde en un espacio global e ilimitado. Y a una velocidad y con una accesibilidad impensables hace tan solo unas escasas décadas.

Si durante siglos dicha información perteneció tan solo a unos pocos, celosos guardianes de la misma por el poder que les confería, hoy forma parte de la práctica totalidad de nuestro entramado social. El aire que respiramos se compone de oxígeno, nitrógeno... e información. Y su valor estratégico crece cada día. Tanto que, sin duda alguna, se convierte en recurso fundamental para el progreso. Si antes podíamos afirmar que la información es poder, hoy, con visión más esperanzada, democrática y

ética, nos atrevemos a afirmar que la información es capacidad de desarrollo continuo. Personal y colectivo. Pero para que dicha información, en cantidad y variedad, alcance su verdadero sentido —que no es otro que el de contribuir al conocimiento, al aprendizaje permanente, a la sabiduría— debe poder ser deseada, localizada, interpretada, comprendida (razonable, imaginativa y emocionalmente), valorada, seleccionada, asimilada y compartida. Es decir: debe poder, querer y saber ser leída.

Leer es una condición inseparable del ser humano. No me refiero a la imprescindible lectura alfabetizadora, siempre derivada de una convención cultural (de ahí la existencia de diversos alfabetos), sino a la lectura anterior a esta misma. A la lectura primigenia. A la lectura como forma de relación con la vida. Y, muy en especial, como nutriente de ese aprendizaje que nos distingue como especie, movidos mágicamente por la curiosidad, la necesidad y el afán de descubrir, de desentrañar el sentido, de cuestionarnos y tratar de hallar siempre las respuestas. Una atracción que experimentamos desde el mismo momento de nacer y que se construye, a mayor o menor ritmo, hasta el último aliento de nuestra compleja existencia.

Es ese deseo cargado de emoción el que despierta los resortes de la atención, cincelandó nuestro intelecto, tan temprano casi como nuestra propia existencia. Más que *Homo sapiens*, somos *homo discens*, hombre que aprende a lo largo de toda su vida. Y ese aprendizaje depende, sustancialmente, de la calidad y cualidad de nuestras capacidades y motivaciones lectoras. De cómo hagamos visible lo opaco. De cómo seamos capaces de desvelar y de conocer. De nuestra habilidad, frecuencia y potencia lectora. (Hay que evitar que ese *Homo sapiens-homo discens* se convierta en *homo pantalicus*, término acuñado

por Lipovetsky y Serroy, absorbido por lo disperso, lo banal, lo intrascendente, secuestrado por la fascinación del medio más que por el valor y la calidad de los contenidos.)

Leer el mundo que nos rodea y los misteriosos espacios interiores que nos construyen como personas. Leer la dulce melodía que nos atrae o nos conmueve; la luz que nos baña o nos ilumina; leer el recuerdo y el mañana; la alegría y la pena; la sonrisa y las lágrimas, esos otros alfabetos imprescindibles cuando los sonidos no son capaces de explicarse más que a través del silencio licuado. Leer los acontecimientos, los hallazgos, las sensaciones... Y, por encima de cualquier otra forma, leer la palabra, primero oral, luego escrita, sin duda la mejor huella de nuestro paso civilizador por este mundo, el signo más claro y más específico de nuestra evolución: ser capaces de comunicarnos, de entendernos, de expresar y descifrar nuestro lenguaje, de vivir. La propia roca, en las cavernas o al aire libre, la arcilla, la cera de las tablillas, el papiro, el pergamino, el papel fueron, durante siglos, los depositarios de esa palabra que solo se fija con la esperanza de que algún día pueda ser leída. Como un conjuro, como un sortilegio contra el paso del tiempo, antídoto de la fugacidad, legado a la posteridad.

Pero, de repente, todo tomó otra orientación. El *pan-ta rei* del clásico se hizo acelerada realidad en mil y una pantallas. Lo estable se volvió cambiante. Lo permanente, transitorio. Lo sólido se mudó en líquido. Y, a la cultura impresa de lo letrado, se sumó aquella otra que hoy nos envuelve, que no viene a destruir la anterior —o, al menos, ese sería mi deseo— sino a complementarla, a cartografiarla de nuevo, a sembrar de retos y apasionantes desafíos un esquema comunicativo que parecía definitivamente establecido.

¡Mostradme vuestras bibliotecas y os diré cómo sois!